

De manera, que con toda verdad puede decirse que era un rebaño de inocentes corderos, el que los soldados del rey de Nápoles tenían acorralado entre el círculo de sus bayonetas!

## IX.

## ESCALAMIENTO.

SERIAN poco mas ó menos las diez de la noche, cuando la fuerza armada ocupó la Strada-di-Porto. Todas las demas avenidas de Castel-Vecchio estaban del mismo modo, perfectamente guardadas.

La autoridad habia tenido noticia de que se intentaba libertar aquella noche al Porporato.

Habia tomado, en consecuencia, sus precauciones, persuadida de que en tal caso, la audacia de la misteriosa asociacion, que parecia haber elegido por su domicilio la capital misma del reino de Nápoles, llegaria hasta á jugar á cara descubierta, intentando una batalla formal.

Nuestro camarada Mariotto nos ha dejado muy poco que decir acerca de esa hermandad del Silencio, que causaba hacia ya algunos meses tanta emocion en Nápoles, y que tenia ramificaciones hasta en las provincias mas lejanas.

Podemos, sin embargo, establecer desde luego dos hechos:

El primero es, que nadie sabia si esta asociacion, demasiado temible, para ser considerada como una simple compañía, de bandidos, tenia en el fondo alguna base política.

Esta duda, sobre todo, tenia al gobierno en perpetua alarma.

El segundo hecho es, que muy pocos se acordaban del origen de la

asociacion, por la simple causa de que la misma hermandad parecia haber olvidado completamente su punto de partida.

Ya no se trataba de vengar á Monteleone.

Si el asesinato por el cual el Porporato iba á perder su cabeza en el cadalso, tenia alguna relacion con los hechos referidos en el prólogo de esta historia, es porque el crimen, bastante antiguo ya, remontaba á los tiempos en que los Compañeros del Silencio, distantes de Nápoles, y ejerciendo su accion en los principados del Sur, daban la venganza por pretexto de sus crímenes, y se servian del nombre de Monteleone, como de un talisman, para con las poblaciones infelices de la Calabria.

Al presente, se habia impreso otra direccion á los trabajos misteriosos de la asociacion.

Ya sabemos que en las bóvedas subterráneas del Corpo-Santo, el caballero de Athol, ó si os parece mejor, el Porporato, habia dicho: "El pensamiento de Monteleone ha muerto con él. Que duerma en paz el santo mártir! Está vengado, puesto que yo me encargo de su venganza."

Eran estas unas palabras llenas de orgullo. Mas tarde sabremos, sin duda, si el Porporato habia cumplido su palabra.

Lo que es cierto, es que el Porporato no habia permanecido ocioso. Desde hacia algunos meses, habian tenido lugar hechos inauditos en Nápoles. Sumando los numerosos robos ejecutados con una audacia increíble, se hubiera encontrado que la corte y la ciudad habian sufrido la exaccion de una suma enorme.

Una sola circunstancia nos da, sin embargo, el derecho de pensar que esos audaces caballeros de la noche, que trataban á Nápoles como una ciudad conquistada, eran nuestros *cavalieri ferrai*, del valle del Martorello; una sola, y es el nombre de Felice Tavola, á quien conocemos por uno de los *Seis*.

Fuera de eso, nada hemos visto que nos preste motivo á pensar así.

Ninguno de los poseores de los anillos de hierro se ha presentado á nuestra vista.

No hemos encontrado, ni al viejo Amato Lorenzo, ni al caballero David Heimer, ni al gigante Tristany, mas alto y mas robusto que el mismo Gaspardo el pescador, ni á Policeni Corner ó Marino Marchese, dos bandidos elegantes, ni á Porporato, sobre todo.

Ninguno de ellos, en efecto, habia caido en manos de la justicia. Tavola era el primero.

Tavola? pero quién podia estar bien seguro de la identidad del mismo Tavola?

Muchas veces, ya los subalternos habian tomado el nombre del Porporato, y sostenido la mentira hasta el cadalso. Lo sabemos.



Y por qué el Porporato, cogido al fin en el lazo, no habría tomado á su turno el nombre de un subalterno?

Era, nadie podía dudarlo, un hombre astuto y hábil en materia de engaños.

Vamos mas lejos. Alguna persona en el mundo hubiera podido certificar de una manera absoluta que existia realmente el Porparato, ese coloso del crimen? Quién podía decir si era ó no una reunion de malhechores, formada con ese nombre colectivo; una especie de hidra de veinte cabezas?

Con la mitad de lo que le imputaban al Porporato, que pasaba sin embargo por ser muy jóven, hubiera habido para formar diez leyendas como la de Fra-Diavolo.

Evitar todo lo que pueda dar una idea exacta de su organizacion, es el principal cuidado de esas asociaciones ocultas.

Esos hombres que pasan voluntariamente al estado de béstias feroces, adquieren el instinto de los animales.

Los cazadores saben que los ciervos y los javalíes viejos tienen siempre algunos guardias de corps, que corren y se esponen en su lugar, ante el peligro, para darles tiempo de que descansen.

El bandido highlander Dougal Dhoe tenia consigo tres hermanos, que se le parecian perfectamente, y que se dejaron ahorcar el uno tras el otro, para evitarle á él ese supremo accidente.

La Escocia es el pais de los sacrificios romancescos; y la Italia, mas egoista, no presentaria muchos ejemplos semejantes; pero sin dejarse ahorcar, pueden ir muy lejos.

Felice Tavola, no habia llegado aún al extremo de la cuerda.

Por otra parte, la organizacion, la *regla* de una sociedad secreta, puede en ciertos casos reemplazar el sacrificio voluntario.

Nadie ignora la sorprendente tiranía que oprime en lo general á los miembros de semejantes hermandades.

La regla de los Compañeros del Silencio era muy estrecha y severa, á juzgar por los rumores que corrian. Era el carbonarismo, perfeccionado y elevado al sistema monárquico.

El gran maestre tiene el poder soberano, sin restriccion ninguna.

Los *Seis* no eran sus ministros ó sus consejeros, sino sus agentes inmediatos.

Les consultaba solo cuando queria.

Despues de los seis caballeros, venian los Compañeros, ligados por medio de juramento.

Mas abajo de los Compañeros estaba una plebe sin nombre, que recibia paga y obraba ciegamente.

El juramento del Silencio obligaba á morir por el gran maestre.

El Castel-Vecchio de Nápoles, cuyos planos y dibujos se encuentran aún en las obras especiales, anteriores á 1830, estaba libre por cinco de sus caras ó frentes, cada una de las cuales daba hácia uno ó varios de esos callejones (*vicoletti*) de que se ha hablado.

La entrada principal se abria entre el vicoletto Delfino y el callejon Martinelli, al extremo de ese sotto-pórtico dedicado á San Antonio, que servia de prolongacion á la Strada-di-Porto.

La sesta, la sétima y la octava caras (porque el castillo tenia la figura de un polígono de ocho lados muy irregulares, y uno de cuyos ángulos era entrante), estaban clavadas entre las casas, y no presentaban, las tres, mas que una sola salida, que pasaba bajo unas bóvedas, por en medio de un laberinto de casas muy complicado y muy espeso, é iba á dar detrás de San Giovanni-Maggiori, no lejos de la entrada de las catacumbas.

Parte de este pasillo abovedado existe aún hoy; y es el sotto-pórtico mas oscuro y mas apesoso que hay en Nápoles—lo que no es poco decir.

Contando desde la estremidad de este paso, cubierto hasta el larghetto ó plazuela de San Antonio, habia bien medio cuarto de legua, puesto que habia que dar vuelta á las casas.

El mayor espesor de éstas existia en el punto en que la bóveda las atravesaba. La profundidad iba disminuyendo, á medida que se acercaban á la plazuela de San Antonio, en donde la última de dichas casas se pegaba á la muralla como un camaron á la roca.

Aquella noche, el Castel-Vecchio estaba ocupado por la guarnicion de Nápoles, ni mas ni menos que si fuera una plaza sitiada.

Habia al frente de todas las entradas, verdaderos campamentos, en donde vivaqueaban esos brillantes soldados de parada, que tienen tan raras veces la oportunidad de mostrar su valor delante del enemigo extranjero.

Las avenidas de estos puntos estratégicos estaban igualmente defendidas, y la Strada-di-Porto habia sido convertida en plaza de armas.

Empero, en el largo espacio comprendido entre San Juan el Mayor y la plazuela de San Antonio, como no habia por allí ninguna salida, las precauciones eran naturalmente menos exajeradas.

Cinco ó seis centinelas, colocados á distancia de la voz el uno de el otro, esploraban solamente el sitio.

A eso de las diez y cuarto, es decir, algunos minutos despues de la ocupacion militar de la Strada-di-Porto, conduciremos al lector á una pequeña plaza triangular, situada poco mas ó menos frente á la fachada central de aquella série de casas, que enmascaraban el vetusto castillo.

Esta pequeña plaza de mercado, llamada la piazzetta grande, por contraposicion á algun otro agujero, aun mas reducido, comunicaba por



uno de sus ángulos con el vicoletto Zaffo, una de las callejuelas que todavía hoy día desembocan en la *Strada-dei-Tribunali*.

El lado opuesto á este ángulo estaba formado por las casas apoyadas contra el castillo. Frente á estas casas pasaba la calle de Mantua, vía bastante ancha, pero tortuosa, irregular, y llena de callejones sin salida, que penetraban en el laberinto de las casas, formando numerosos recovecos.

En 1823 no se abusaba en Nápoles, mucho que digamos, de los faroles y reverberos.

Desde la piazzetta grande no se veía más que uno, situado en la calle de Mantua, en el ángulo meridional de la plaza.

He aquí lo que alumbraba este farol—farol, podríamos decir solitario, pues no veía á sus colegas, ocultos como estaban por las sinuosidades de la calle.

Alumbraba á un centinela, perteneciente al cuerpo de reclutas de la infantería regular, el batallón Buffalo, como le llamaban.

Este centinela se paseaba de un extremo á otro de la embocadura de la plaza.

Nada por todo aquel rumbo, preciso es confesarlo, había que escitara la desconfianza ó los temores del buen recluta. La plaza estaba solitaria. No se oía ningún ruido en el vicoletto Zaffo, que era el punto cuya vigilancia le estaba recomendada. Las casas vecinas parecían envueltas en el manto del sueño. En una palabra, el centinela iba y venía en medio de un verdadero desierto.

Tal vez alguno más ducho en el oficio, hubiera concebido temores, á causa precisamente de la soledad. Son muy paseadores los habitantes de Nápoles, aun en invierno. Todo el mundo se acuesta tarde.

Ese silencio completo, esa soledad profunda, en una hora tan poco avanzada, podía parecer no muy natural que digamos.

Pero nuestro recluta no hacía muchas reflexiones. Pensaba ¡vaya un enamorado! en Nannetta, la vendedora de frutas. Nannetta, cuyos ojos eran tan negros, y cuyos melones parecían tan frescos.

Se podrá saber alguna vez lo que le gustaba más en Nannetta, á nuestro recluta, si los melones ó sus ojos?...

Fuera del centinela, el farol no alumbraba ninguna otra criatura humana.

La luz desmayada y vacilante del farol, daba de lleno sobre una casa de dos pisos solamente, baja y antigua, que formaba una salida en la calle, y detrás de la cual se elevaba una segunda casa, que tenía cuando menos una altura doble.

El techo de la primera servía de corredor ó azotehuela á la segunda.

La parte saliente de aquel viejo edificio, con la sombra que proyecta-

ba, ocultaba la entrada de un recoveco, en el fondo del cual estaba la puerta cochera de la segunda casa.

Hemos dicho lo bastante, para que el lector no se admire cuando le digamos, que el recluta centinela no era un observador profundo.

Si lo hubiera sido, habría notado un hecho, insignificante al parecer, pero que podía tener su influencia en las circunstancias presentes.

He aquí el hecho. En el momento en que nuestro recluta comenzó su cuarto de centinela, el recoveco estaba iluminado por una lámpara humeante, colocada en el nicho de una Madona.

La lámpara había cesado de brillar. Reinaban las tinieblas más profundas en el recoveco.

Quién había apagado la luz? Ningun ruido de puerta abierta ó cerrada se había oído, ni nadie había entrado al rincón.

En el fondo del recoveco, una gran puerta cochera, seguida de un zahuán, daba entrada á un patio perteneciente á una gran casa, la tercera en profundidad, que estaba adherida á las murallas del Castel-Vecchio.

Todas estas casas eran de azotea plana, como lo son la mayoría de las que existen en Nápoles.

El centinela iba y venía, con el corazón perfectamente tranquilo. Se fastidiaba—lo cual es ocupación propia de centinelas; y para matar el tiempo tarareaba una canción de su país: la Capitanata.

A lo lejos, los otros centinelas gritaban: ¡quién vive!

Nuestro recluta no había tenido que hacer este ejercicio, ni una sola vez.

Era un centinela sin qué hacer!

Mientras que tarareaba, pensando en los ojos de Nannetta, ó en sus melones, tuvo lugar un movimiento confuso entre las sombras, en el fondo del recoveco, á la derecha de la gran puerta cochera.

Dos hombres estaban allí en el ángulo de la pared.

Uno de ellos levantó lentamente una escalera de mano que estaba tendida en tierra, y la apoyó contra la pared de la primera casa.

Todo esto no pudo hacerse sin producir un ligero ruido.

El centinela llegó hasta el ángulo de la casa, y miró con atención.

Nuestros dos hombres se habían acostado boca abajo, en el suelo.

El recluta no vió nada; nada más que la escalera.

Pero su consigna no era armar camorra contra las escaleras apoyadas en las paredes.

Volvióle la espalda el buen recluta, y prosiguió sus paseos.

Tan luego como estuvo á una distancia en que no podía ver, nuestros dos paseadores nocturnos se levantaron vivamente.

El uno de ellos trepó hácia arriba por la escalera, con la agilidad de



un gato. Luego se dejó resbalar á lo largo de los barrotes, y se acurruco al pié, diciendo estas solas palabras:

—Demasiado cortical le faltan tres ó cuatro palmos.

Su compañero hizo un gesto enérgico de desagrado.

A pesar de la oscuridad, se hubiera podido distinguir la estatura elevada y altiva de éste, que estaba envuelto en una capa de color sombrío.

El otro tenia la cabeza apoyada entre las manos, y permanecía en una completa inmovilidad.

El hombre de la capa miró la escalera atentamente, y luego la muralla.

—El callejon va en descenso, dijo en voz baja; y la azotea está recta..... El resultado es, que la casa es mas alta por aquí, por donde estamos ahora, que por la calle de Mantua.

Su compañero señaló con el dedo al centinela, que pasaba en este momento frente al ángulo de la casa, y luego dijo:

—Y ademas, el farol.

—Dos cosas que nos estorban! repuso el hombre de la capa. Desahagámonos de ambas!

Hizo señal al otro de que le siguiera, y atravesó la calle con un paso mas ligero que el de una doncella, mientras que el recluta centinela tenia la espalda vuelta.

Una vez en la plaza, nuestros dos hombres se escurrieron pegándose á las casas, y desaparecieron bien pronto en el vicoletto Zaffo.

En este instante, una voz lejana vino de las alturas del castillo:

—*Sentinelle, guardatevi!*

Desde la plaza de San Antonio, hasta la bóveda, pasando por la calle de Mantua, cada vigilante fué repitiendo:

—Centinela, cuidado!

El recluta que conocemos, repitió, como los demas, ese grito sacramental; pero no pudo menos de reirse para sus adentros, pensando que no tenia que guardar mas que paredes inmóviles y un farol humeante.

Pasaron algunos minutos.

El centinela se detuvo de pronto en su paseo. Acababa de percibir un ruido que provenia del vicoletto.

Eran, pardiez, unos pasos, que no se cuidaban del misterio, y que resonaban francamente sobre las losas. Al mismo tiempo que andaban, cantaban á grito partido.

Era una voz de muger ó de niño.

—Quién vive! gritó nuestro recluta, tomando la actitud requerida.

Le respondieron con una carcajada.

Al propio tiempo, un pilluelo de Nápoles—hay pilluelos en Nápoles, como en Paris—un verdadero *ragazzo*, de la antigua ciudad, con el

gorrito sobre la oreja, la camisa suelta y los calzoni sujetos con un cinturón, salió del vicoletto Zaffo.

—Quién vive! repitió el recluta.

El pilluelo se avanzó audazmente, con el puño en la cintura, y cantando desaforadamente su cancion de marinero.

—Pues no puede uno tirar sobre este diablillo! pensaba el recluta.

Y luego añadía:

—Nannetta tenia ese talle cuando se disfrazó de *ragazzo* en el último carnaval.... Ay! San Gennajo, qué ojos.... y qué melones!

Habia algo de cierto en lo que decia el centinela. La cintura del pilluelo era fina y graciosa, como la de una muger; y luengos cabellos negros, rizados, que se escapaban de su gorrita, caian en profusion sobre sus espaldas.

—Buenas noches, camarada Pietro, le dijo al soldado, cuando estuvo en medio de la plaza.

—Pasa adelante, *bambino!* dijo el centinela.

—Con que no te llamas Pietro, amigo mio? exclamó el pilluelo que no cesaba de avanzar; entonces, buenas noches, Francesco, Paolo ó Andrea.....

—Pasa adelante, te digo!

El centinela preparó su mosquete.

El niño se detuvo, y se agarró la cintura.

—Hace ya mucho tiempo que tu chisme no ha servido, Jacopo, Raffaele ó Filippo! exclamó con un tono burlesco. Apuesto á que no sabes siquiera apuntar:

—Por el Espíritu Santo! murmuró el soldado; es una muchacha disfrazada!..... y chula, lo confieso!

—Si no quieres pasar adelante, *picciola*, replicó en voz alta, ven á darme un beso.

—Tate! Carlotta! dijo el pilluelo; con que has visto que soy muger?... Pues bien, te abrazaré, Ludovico, amigo mio, si me dejas hacer mis caprichos.... He apostado dos ducados, ni mas ni menos, á que rompía los vidrios de ese farol.

Estaba justamente debajo del farol la preciosa vendedora de naranjas de la Strada-di-Porto, la que le habia hablado á Peter Paulus, y la que habia despedido al marino inglés.

Antes que el recluta hubiera respondido, tendió ella el brazo, y lanzó con fuerza un guijarro que tenia en la mano.

El vidrio del farol voló en mil pedazos.

—María Santa! exclamó el soldado consternado.

—Ah! ah! dijo el pilluelo; nosotras, las muchachas de Prócida, sabemos lanzar piedras..... Ahora, á la mecha!



Un segundo movimiento de brazo, y una segunda piedra lanzada.

La mecha, aplastada, se apagó!

La idea de una traicion se presentó en la mente del recluta, tan luego como se vió repentinamente envuelto en tinieblas profundas.

Empuñó su mosquete para dar la alarma; pero dos brazos torneados y suaves como el raso, le cogieron por detrás.

—No se te habia prometido un beso, Tommaso? le dijo la voz risueña de la muchacha.

Al propio tiempo le arrancaron su fusil.

Un pañuelo de seda, torcido como mordaza, oprimió fuertemente sus lábios.

Quiso gritar, pero ya era tarde.

Un segundo pañuelo cubrió bien pronto sus ojos.

Entonces, oyó que se reían, y que platicaban en torno suyo. Se quejaban de no tener cuerdas.

Hicieron correas con sus propias fornituras, y le ligaron las manos y las piernas.

Luego, atado de aquella manera, le tiraron, como un paquete, junto á la pared de la casa.

Pobre recluta!

Habia cuatro personas en torno suyo: tres hombres, y la muger disfrazada.

Esta, y uno de los tres hombres, fueron á colocarse de centinelas, el uno á la derecha, y la otra á la izquierda de la plaza grande, en la calle de Mantua.

Los otros dos dieron vuelta rápidamente al ángulo del recoveco, y volvieron con la escala.

El primero arrojó su capa, y dejó ver su hermoso talle. Iba vestido con el traje de pescador; y hubiéramos podido reconocer en él, á pesar de la oscuridad, á aquel altivo y descuidado jóven, que estaba hacia un rato, apoyado contra el nicho de una de las Tres Vírgenes, en la fuente, junto al marino de la pipa y el elástico lazzaroni que dormia sobre el suelo, enroscado como una serpiente. Era el misterioso Beldemonio.

El segundo era el elástico lazzaroni, en persona, el saltarello, cuya llegada habia tan intempestivamente distraido el curso de las sabrosas pláticas de Mariotto Cigoli.

Era muy fácil conocer á este lazzaroni. Parecia amar con pasión su oficio. Tan luego como la escala fué colocada contra la pared de la casa que miraba hácia la plaza, cojió con ambas manos uno de los barrotes, y se entregó al placer de hacer el brazo de hierro.

—Despáchatel le mandó el pescador.

Apenas habia habido tiempo para pronunciar esta palabra, cuando el Saltarello estaba ya en lo alto de la escalera.

Existia realmente una diferencia muy sensible entre el nivel de la calle de Mantua y el del recoveco, en donde fuera anteriormente colocada la escala. Pero esta diferencia no era, á lo que parece, muy grande, porque el elástico se dejó resbalar, como la primera vez, con la cabeza hácia abajo, se apoyó sobre las manos, hizo una machincuepa y dijo:

—Dos palmos!

—Se necesitan dos palmos aún! exclamó el pescador hiriendo el suelo con el pié. No puedes tú salvar ese espacio?

—Mi madre es vieja, respondió el elástico; y yo soy el único heredero directo del nombre de Cucuzone. . . . . Pedidme cosas posibles!

—No se podria hallar otra escala?

—Todas las calles están llenas de patrullas. . . . . Es un verdadero milagro que no háyamos tenido aún malos encuentros. . . . .

El pescador tenia la cabeza inclinada, y meditaba.

Las diez y media sonaron en el reloj de San Juan el Mayor.

—A las once relevan los centinelas! dijo el Saltarello.

—Sube! le mandó el pescador, que se echó hácia atrás con un airo determinado los hermosos rizos de su cabellera.

—Y despues?

—Sube!

El elástico obedeció.

Cuando estuvo en lo alto de la escalera, la sintió oscilar con un peso nuevo. Volvió la cabeza, y vió que el pescador le seguia.

—Señor, preguntó con grande asombro; pensais hacerlo mejor que yo?

—Pienso hacerlo de otro modo, respondió el pescador. Estáte firme!

El elástico obedeció, y se estiró lo mejor que pudo, pegando sus dos manos contra la pared. En el mismo momento sintió que subian sobre su cintura, sobre sus espaldas, con precaucion y ligereza.

—No está malo! no está malo! dijo con un tono protector. No cerréis los ojos, porque así se pierde la cabeza. . . . . Mirad siempre hácia arriba. . . . .

Un pié se apoyó sobre su hombro derecho; luego, el otro, sobre el izquierdo.

El elástico no habló mas, y contuvo el aliento. Un sudor frio inundaba todo su cuerpo.

—Que el diablo me lleve, si temblará así tratándose de mi propia piel! murmuró.

Luego añadió con un tono suplicante, pero sin moverse:

—Descended, señor! . . . . . descended, maestro. . . . . Voy á hacer



yo un esfuerzo..... Si debe romperse una cabeza, vale más que sea la mía!

—Cállate! dijo el hermoso pescador con una voz contenida, y no vaciles..... Hay alguien en la azotea de la otra casa!.....

En efecto, una voz llegó hasta Cucuzone.

Decía la voz:

—No hay ni un gato por estas azoteas..... Vamos, hijos míos! ya basta de patrullas por estos andurriales!..... concluiremos la noche en el cuerpo de guardia!

—Es el teniente Frazer..... murmuró Cucuzone.

Un recio puntapié le impuso silencio.

Desde lo alto del castillo, el grito de vigilancia voló por segunda vez.

—*Guardatevi, sentinelle!*

—Responde! mandó el pescador, cuando el grito, repetido en torno del laberinto de casas, hubo sido pronunciado por el centinela próximo.

—*Sentinelle, guardatevi!* gritó el elástico.

El grito se repitió de centinela en centinela, hasta el paso abovedado en donde concluía el cordón de vigilantes.

Luego volvió á reinar el silencio. No se veía á nadie en las azoteas.

Cucuzone no se atrevía á levantar la cabeza; pero experimentaba exactamente la repecursion—si podemos espresarnos así—de los esfuerzos que hacía su compañero para agarrarse del borde de la azotea.

Pero eran esfuerzos impotentes!

Faltaban siempre los dos palmos!

—Es demasiado alto! dijo al fin el pescador. Hago esfuerzos inútiles..... Cucuzone?

—Señor?

—El día en que hicimos conocimiento en la gran plaza de Cosenza, tenías dos pesas de á cien libras en cada mano..... y no temblabas como esta noche!

—Es cierto, señor..... pero tenía los piés sobre la tierra firme, nuestra madre comun..... y mis pesas no podían romperse las costillas al caer.

—No te ocupes de mí, amigo mio..... Veamos si tienes aún los brazos tan fuertes como entonces..... Toma uno de mis piés en cada una de tus manos.....

Haz como si fueran tus pesas.... y que se haga la voluntad de Dios!....

El elástico titubeó.

—Señor, dijo, la escalera se menca.... Cuando yo haga un esfuerzo para levantarlos, todo temblará, los escalones y los barrotos.... y mis

brazos más que todo.... Señor, no es prudencia intentar esto.... Dejarme más bien á mí subir en vuestro lugar....

—Haz lo que te digo! mandó el pescador.

Cucuzone, antes de obedecer, pasó el reverso de su mano sobre su frente, que estaba bañada en sudor.

—La Virgen María esté con nosotros! murmuró rápidamente haciendo la señal de la cruz. No quiero desobedeceros.... pero para salvar al pícaro que está encerrado, bastaba con mi vida!

El pescador le dijo:

—Date prisa!

Cucuzone cogió uno de sus piés; luego el otro. Era un hombre robusto, y acostumbrado desde su infancia á toda clase de ejercicios peligrosos y de fuerza.

Pero era evidente que la emoción le quitaba una parte de su energía.

Lo que había anunciado sucedió. Inmediatamente que sus brazos intentaron estenderse, un movimiento de oscilación se comunicó de su cuerpo á la escala, que comenzó á rechinar y á golpear contra la pared.

Si se hubiera atrevido, Cucuzone hubiera lanzado gritos de agonía y de dolor. Sentía un nudo horrible en la garganta.

—Ánda pronto, infeliz! exclamó el pescador.

El elástico hizo un esfuerzo desesperado. Sus músculos se contrajeron de un modo violento. Elevó hasta la altura de su brazo, tendido hacía arriba, los piés de su compañero.... y luego sintió un terrible sacudimiento.

Luego, sus manos quedaron vacías.

El pescador había saltado por encima del pretel de la azotea!

Los brazos de Cucuzone cayeron por su propio peso. Tuvo un vértigo!

—Gracias! dijo el pescador. Deja la escalera ahí el mayor tiempo que puedas.

—Y si vienen á relevar al centinela?.... murmuró Cucuzone.

—Fiamma sabe lo que debe hacer.... Vosotros todos estais á sus órdenes esta noche!

De las torres del Castel-Vecchio voló nuevamente el grito de vigilancia.

El grito, repitiéndose, siguió las sinuosidades de la calle de Mantua. Cuando el centinela más próximo hubo cumplido con su deber, el pescador mismo gritó:

—*Guardatevi, sentinelle!*

El pobre recluta amarrado no podía quejarse. Desempeñaban por él, con todo esmero, su deber!



Pero antes de que los gritos de los centinelas se hubieran perdido en el espacio, un silbido, quedo, sutil, rápido, como el que lanza una serpiente, sonó por el vicoletto Zaffo.

Casi inmediatamente, y por el mismo lado, se oyó resonar sobre las losas el paso regular y pesado de una patrulla.

Cucuzone estaba ya al pié de la escala.

El pescador habia desaparecido entre las sombras, que cubrian las azoteas.

La jóven y el marino se ocupaban en desatar al recluta.

La jóven le dijo, antes de quitarle el pañuelo que le oprimia la boca:

—Nada haz visto, camarada.... en cuanto á lo que haz podido oír, atiéndeme: dos onzas de oro, si te callas.... seis pulgadas de acero dentro del pecho, si hablas.

—Lo mas seguro seria comenzar por las seis pulgadas de acero! murmuró el marino.

Pero la muchacha respondió.

—El maestro no lo quiere!

Un instante despues, nuestros tres paseadores nocturnos, y la escalera, estaban ocultos en la sombra del recoveco.

La patrulla se presentaba en la embocadura del vicoletto Zaffo.

—Quién vive! gritó el centinela.

—Bien! bien, Martino! dijo una voz. Veniamos solamente á ver cómo te iba.... Si te hubieras dormido, cuenta con que recibias un plan-ton terrible.... Cuidado!.... y ya se te relevará en cuanto termine tu cuarto de centinela.

## X.

### VIAJE POR LAS AZOTEAS.

HABIA aún mucha distancia desde esta primera azotea en donde estaba nuestro jóven pescador, hasta las murallas del Castel-Vecchio.

Pero podia, no obstante, decirse, que lo mas rudo de la empresa esta-

ba hecho. En efecto, la segunda casa, un piso mas alta que la primera, estaba formada de piedras desiguales, que hacian fácil la subida.

Esta casa tenia un nombre. Los cicerones nunca dejaban de enseñar su portada á los turistas. Esta portada, que formaba el fondo del recoveco de que hemos hablado, tenia un hermoso estilo.

Los cicerones la llamaban:

*La casa dei Folquieri.*

La casa de los Folquier, de los Foulques, de Foucher, nombres igualmente comunes en la nobleza del oeste y del sudoeste de la Francia.

La casa de los Folquieri habia sido circundada por las construcciones mas modernas, como habia sucedido con el Castel-Vecchio. Era bastante grande, y ella sola ocupaba la mayor parte de la distancia que mediaba entre la fortaleza y la calle de Mantua.

Era necesario atravesarla en toda su estension, para ir de la una á la otra, porque su fachada corria en el mismo sentido que el recoveco, perpendicular á la calle de Mantua.

Nuestro hermoso pescador aguardó que la patrulla y su jefe, poco ducho en el arte militar, se hubiesen alejado un poco.

Tan luego como no hubo nadie en la piazzetta grande, comenzó á escalar el ángulo septentrional de la casa de los Folquieri.

La cosa fué fácil; ya hemos dicho que las desigualdades de la pared, formaban una especie de escalera. Nuestro jóven, ligero y valeroso, aun cuando no tenia los talentos gimnásticos de su camarada Cucuzone, llegó prontamente al pretil superior.

Lo salvó, y se halló en la cornisa monumental que daba vuelta á todo el antiguo edificio.

En aquel punto estaba casi al nivel de las murallas de la prision, que se percibian á lo lejos como una masa sombría. Podia ver moverse lentamente las linternas que precedian á las patrullas.

Nadie dormia aquella noche en el Castel-Vecchio. Todos los ojos estaban abiertos.

Nuestro jóven no tenia, por el pronto, mas que un peligro que temer; era despertar la atencion de las buenas gentes que habitaban el último piso de la casa de los Folquieri, y ser perseguido como un ladrón.

Comenzó, pues, á deslizarse con suma precaucion, á lo largo de la ancha y hermosa cornisa, á fin de dar vuelta al edificio.

Este era un juego para él. Un niño hubiera hecho la caminata sin trabajo alguno.

Pero en estos viajes escéncricos en que se toman caminos que no están trillados, es preciso no apresurarse á cantar victoria. Tan luego como nuestro hermoso aventurero hubo dado vuelta al ángulo meridio-



nal que miraba á la calle de Mantua, las cosas cambiaron bruscamente de aspecto.

Una familia, que necesitaba mas casa, se habia construido un suplemento de habitacion encima de la cornisa. Nuestro pescador, detenido de pronto, trató de buscar un paso, aun cuando fuera con mucho riesgo; pero el edificio de madera, construido por la familia que necesitaba mas casa, estaba, literalmente, colgado encima del vacío como una jaula.

Hubiera sido necesario tener alas para salvar este obstáculo.....

Beldemonio dejó escapar una exclamacion de despecho, y volvió sobre sus pasos, para dar vuelta á la casa por el interior.

Sin este contratiempo, nuestra historia hubiera tomado un giro muy diverso.

La suerte de un hombre, la suerte de todos los que dependen de él, estriba á veces en esta frívola circunstancia de si pasará por la derecha ó la izquierda.

Aquí, el atrevido aventurero Beldemonio se vió obligado á pasar por la izquierda.

Si hubiera pasado por la derecha, primeramente, hubiera llegado un cuarto de hora antes al extremo de su viaje nocturno.

Y precisamente durante este cuarto de hora fué cuando tuvo lugar un hecho capital de mucha influencia.

En segundo lugar, hubiera seguido su camino derecho, sin distraerse, porque no estaba allí, en verdad, para deslizar miradas curiosas á través de los vidrios y las cortinas.

Y hé aquí que se distrajo, muy á pesar suyo.

Hay cosas que no pueden mirarse impunemente.

Y—empleando una espresion gastada hasta el extremo, pero que es muy pintoresca, porque efectivamente, nuestra vida es como un tejido en el que el menor hilo roto ó trastornado puede variar hasta lo infinito los dibujos de la trama—la trama de su existencia fué transformada.

Su vida, como él, que pasaba de derecha á izquierda, cambió involuntariamente de direccion.

Hé aquí ahora lo que ocasionó la distraccion y la tardanza de Beldemonio.

Habia ya dado vuelta á dos ángulos, y seguia la cornisa que coronaba las paredes del patio interior de la casa, cuando vió una ventanilla iluminada en la mitad de la pared, frente á la cual tenia que pasar precisamente.

Se detuvo. El perfil de una jóven se dibujaba en negro sobre los cristales.

La jóven tenia la cabeza apoyada contra el marco de la ventana. Meditaba, ó tal vez miraba hácia afuera.

En todo caso, hubiera sido una locura querer pasar delante de ella sin llamar su atencion.

Nuestro aventurero se vió, pues, obligado á hacer alto, esperando que pluguiese á aquella bella centinela desertar de su puesto.

Bella? no lo sabia, y poco le importaba seguramente.

No se veia de la muchacha, mas que el contorno delicado y esbelto de su talle, ligeramente doblegado por la fatiga ó la tristeza.

La tristeza y la fatiga! tristes compañeros que habitan frecuentemente estas pobres boardillas, las mas cercanas al cielo, en donde el trabajo ingrato no da siempre el pan de cada dia.

Fatiga, porque se han esforzado mucho, y á veces en vano.

Tristeza, porque la pena de hoy, será la pena de mañana.

Lo que entristece mas en esos dolores del pobre, es el velo uniforme, espeso, implacable, que prolonga, sin esperanza, en el porvenir, el duelo sombrío del pasado.

Tristeza, fatiga..... los poetas hablan de las alegrías de la juventud indigente.

Existe esa alegría por la misericordia de Dios.

Pero para alcanzarla, es preciso tener fe, tener ese descuido, ese desden por cuanto nos rodea, que es una virtud; una virtud que nadie ha cantado, y que es la flor misma de la juventud.

Hay rosales á los que jamas acaricia el sol con sus rayos, y que no tienen flores.

Hay juventudes sombrías y llenas de amargura, en las cuales no se produce ese santo descuido.

Pobres rosales! pobres almas!

Cuando el sol viene muy tarde, en agosto, se marchitan!.....

Cuando el amor las toca, mueren.....

Se puede apostar, que nuestro aventurero no se entregaba á este género de meditaciones. La jóven le estorbaba; hé aquí todo.

Podriamos decir que apenas notó las gracias delicadas de su talle, y esa melancolía que su actitud revelaba tan elocuentemente.

Al cabo de cinco minutos, la niña se enderezó. Su rostro se volvió al cielo; sus dos manos se apoyaron contra su frente, y luego entró lentamente al interior de su aposento.

Aun cuando nuestro jóven pescador no hubo percibido sus facciones, en razon á que su rostro habia permanecido constantemente entre la sombra, la tristeza profunda que existia en el gesto, en la postura de la muchacha, no podia al fin ocultársele.

—Sufre!..... murmuró.



Luego, aprovechándose del camino, que se encontraba libre, prosiguió su marcha.

Mientras mas se acercaba á la ventana iluminada, mas y mas redoblaba sus precauciones para no hacer ruido.

No se percibía ya á la niña, ni su sombra; pero Beldemonio sabia que detrás de aquella ventana habia oídos y ojos bien despiertos.

Al pasar frente á la ventana, se arrastró como una serpiente, sin atreverse á levantar la cabeza.

Ningun ruido se percibía en el aposento iluminado.

Por qué Beldemonio se detuvo, antes de haber acabado de salvar aquel paso, el mas difícil de todos?

Por qué?... Al volver la cabeza suavemente, para convencerse de que nadie le observaba, habia notado frente á él, en el fondo del aposento, una figura blanca arrodillada.

Era, sin poder dudarlo, la jóven de hace un momento. Beldemonio reconocía su talle esquisito, con perfiles infantiles, y hasta esa apariencia de tristeza y de desaliento.

Volvia la espalda á la ventana, para hacer sin duda sus oraciones de la noche. La lámpara, colocada sobre una mesita, iluminaba tenuemente su rostro.

En aquellas líneas puras, pero que carecian de esa robusta y alegre esplendidez de la adolescencia, nada revelaba la pobreza y la debilidad, anunciada por el abatimiento del torso. La frente era alta, y estaba coronada por una hermosa y rica cabellera, que sin freno ni lazo, cubria con sus rizos prodigiosos, sus espaldas castamente veladas. El arco de las cejas, trazado con atrevimiento, hablaba de inteligencia, y dejaba adivinar los rayos que ocultaba. Las sienes, anchas y bellas, hacian resaltar con su blancura, la seda de su cabellera.

El desaliento, porque es preciso hablar aún de él, parecia concentrado todo en aquel pobre cuello, precioso y flexible, que se doblegaba hácia un lado; en aquel talle abandonado, en aquellas lindas manos, tan blancas, enclavijadas con cierta especie de agonía.

Qué diremos? El conjunto de todo aquello, era al propio tiempo delicioso, y causaba pena verlo. Habia en aquel cuadro, tan sencillo en la apariencia, una queja elocuente que desgarraba el corazón.

Nuestro pescador sintió que se le oprimía el pecho. Su corazón, como irritado contra aquella emoción, azotaba violentamente las paredes que le encerraban.

Beldemonio se enderezó, olvidando todas las precauciones que habia tomado.

Se enderezó, en toda su estatura, como si esta postura nueva le hubiera permitido ver mejor.

Lo que vió de más, fué un libro de oraciones sobre la mesa, y al pié de la cama, un vestido sencillo de lienzo. Sobre la cabecera habia suspendido uno de esos pequeños crucifijos de ébano, que llevan al cuello las religiosas.

Aguardaba un movimiento que le permitiera distinguir, por entero y claramente, aquellas facciones que presentia bellísimas. La jóven no se movió.

Solo su cabeza se inclinaba mas y mas hácia adelante, hasta que concluyó por apoyarse en sus dos manos.

Desde este momento quedó inmóvil, como si fuera una estatua.

Sabeis lo que pensaba Beldemonio?

Pensaba:

—Si la encontrase mañana, no podria reconocerla.....

De pronto, un ruido, al principio sordo, y luego claro y sonoro, se dejó oír, por allí cerca, pasando por encima de las azoteas.

Venia del lado de la ciudad, mas allá del Castel-Vecchio, hácia el Occidente.

Era como si hubieran clavado, con grande estrépito, algun gran tablónado.

La jóven permaneció inmóvil. El fervor de su oracion le impedia oír? Beldemonio, por el contrario, se estremeció de los piés á la cabeza.

—El cadalso!..... murmuro. Están levantando el cadalso!

Apenas tuvo tiempo de lanzar una última mirada al interior del aposento; una mirada de pesar.

Prosiguió en su marcha; pero se dijo á sí propio:

—Yo volveré!.....

En pocos segundos estuvo al extremo de la casa de los Folquieri. El edificio vecino era mas bajo. De un pequeño salto bajó á la otra azotea, que atravesó corriendo.

Dos edificios habia aún entre él y la fortaleza. Los escaló á toda prisa, y luego, alcanzando de un vigoroso brinco la almena mas próxima, se encontró al fin sobre las fortificaciones mismas del Castel-Vecchio.

No pudo impedirse el volver la cara y mirar hácia atrás.

Su rostro, risueño y atrevido, no conservaba ningun rastro de la reciente emoción.

Habia olvidado ya á aquella blanca niña arrodillada?

No.

Pero era de esos hombres que suspenden, por decirlo así, sus impresiones, y las recobran y continúan una á una en la hora conveniente.

A esta facultad es á la que le dan el nombre de sangre fria.

La parte de la muralla que Beldemonio acababa de asaltar, era una especie de terraplen. La vista quedaba limitada, hácia el Norte, por una



torre gótica, al pié de la cual habia un vivac, y al Sur, por una media luna, en donde se paseaba un centinela.

Una parte del edificio, bastante chaparra, se elevaba en el terraplen de esta media luna, dominándola por supuesto.

En el primer piso de esta parte del edificio, una linterna colgada en la pared, iluminaba vivamente la ventana de un calabozo, cerrada por gruesos barrotes de hierro.

—Llego á tiempo! exclamó Beldemonio; mi hombre está allí.

No habia que dudarle, en efecto. Ese farol, colocado para alumbrar cualquier esfuerzo que el prisionero pudiera intentar contra la reja de su calabozo, es la suprema precaucion usada en Italia.

No la toman sino contra los condenados á muerte.

En el momento en que Beldemonio se orientaba, se verificó un movimiento al pié de la torre, y los soldados del vivac tomaron las armas.

Pasaba una ronda.

Beldemonio se dejó colgar fuera de las almenas, y se mantuvo suspendido en el aire hácia afuera, agarrado solamente con las manos, del borde de la piedra.

Oyó pasar la ronda. Los soldados platicaban y se reian del exceso de precauciones tomadas para guardar al baron de Altamonte.

—Pues no están creyendo nuestros jefes—decian—que los Compañeros del Silencio van á brotar de debajo de la tierra para atacarnos?

El centinela de la media luna gritó el quién vive! é hizo el reconocimiento de costumbre.

La ronda desapareció detrás de las murallas.

Hacia apenas un minuto que el paso de los soldados habia cesado de resnar sobre las losas, cuando el centinela vió de pronto frente á frente de sí un hombre de elevada y altiva estatura, que no supo de dónde venia.

Su primer ímpetu fué dar un grito de alarma.

Pero el desconocido le habia cogido la mano, y trazádole rápidamente una doble cruz bajo la palma.

El soldado lanzó en torno suyo una mirada de espanto.

—Aquí!... balbuceó.

—En todas partes! respondió el desconocido.

El soldado trataba de ver su rostro, que estaba cubierto con una máscara.

El traje del desconocido era el de un pescador.

Después de haber mirado de nuevo á su alrededor, el soldado pronunció con una voz mal segura:

—El hierro es fuerte, y el carbon es negro.

—Hay algo mas fuerte que el hierro? replicó el desconocido.

—La fe!

—Hay algo mas negro que el carbon?

—La conciencia del traidor!..... Qué quereis, señor?

—Libertar al prisionero.

—Respondo de él con mi vida!

—Tu vida es nuestra.... No te pongas entre el martillo y el yunque.... Estás aquí, porque nosotros lo hemos querido!....

—En efecto, murmuró el soldado; no era mi turno de centinela.... el sargento!...

—El sargento, le interrumpió el desconocido, recibe las órdenes del teniente; el teniente obedece al capitan; el capitan al mayor; el mayor al coronel; el coronel al general..... A quién crees tú que el general obedece?

—Al rey.

—A mí!

Al decir esto, el desconocido puso ante los ojos del centinela su mano estendida. En el dedo medio habia un anillo de hierro, adornado con tres diamantes, que brillaron formando un triángulo de fuego.

—Mandad, señor! dijo el soldado. Tengo una madre.... la encomiendo á Dios!

—La muerte está contra nosotros, replicó el desconocido; la vida está con nosotros..... No tengas cuidado!

Se acercó á la ventana del calabozo, y llamó en voz baja:

—Felice!

Nadie respondió.

—Felice Tavola!

El mismo silencio!

El soldado, pálido y tembloroso, habia empezado de nuevo sus paseos.

En el momento en que el desconocido se volvia hácia él, para interrogarlo, la palabra de vigilancia, como dicen en Italia, pasó de boca en boca, sobre la línea de las fortificaciones.

—Niente nuovo! decia sucesivamente cada centinela; no hay novedad!

El pobre soldado se puso las dos manos sobre su pecho palpitante, y pronunció como los otros:

—No hay novedad!

El centinela de la torre, gritó para los vigilantes de la parte este-  
rior:

—Guardatevi, sentinelle!



—Bartolo Spalazzi! dijo el desconocido.

—Sabeis mi nombre, señor? murmuró el soldado.

—Haz cumplido con tu deber, continuó el hombre enmascarado; mañana tendrás las cintas de sargento, y tu madre dormirá en una buena cama.... Respóndeme, y no me ocultes nada..... Ha pasado algo en este calabozo, desde que estás de centinela?

—Señor, respondió Bartolo; hice el juramento del Silencio antes de ser soldado, un día en que mi madre moribunda no tenía qué comer.... Lo que voy á deciros es la verdad.... Hará diez minutos que entraron en el calabozo del Porporato, si es que el preso es el Porporato. Oí un ruido de voces; luègo sonaron los grillos; despues, la puerta se abrió y se cerró.... al fin, todo quedó en silencio.....

—Un asesinato?.... pensó en voz alta el desconocido. Es imposible!

Luego replicó:

—Los que entraron eran gentes de la policía.

—Si señor.

—Es preciso que yo sepa! exclamó el desconocido, presa de una violenta agitacion. Cuánto tiempo emplea una ronda en dar la vuelta?

—Treinta minutos.

—Y cuándo vendrán á relevarte?

—A las once en punto.

El desconocido consultó su reloj, y dijo:

—Tengo tiempo!

Se lanzó hácia el calabozo, y sacó de su seno dos objetos de muy pequeñas dimensiones, que adaptó el uno al otro á la luz del farol colgado de la pared.

Estos dos objetos reunidos, una líma sorda circular, y un tornito, formaban la admirable máquina inventada por el célebre bandido inglés, Santiago Sheppard, que era un hombre de ciencia y de talento.

La lima de Sheppard, montada sobre una rueda engranada, movida por un resorte de Génova, puede userrar en tres minutos un barrote de hierro de pulgada y media de espesor.

Pensad en ese pobre Latude, que empleó treinta y cinco años en hacer un agujero, y prosternaos ante los progresos del siglo!

El desconocido hizo mover su lima, que produjo apenas un ligero rechinado.

Cogió con ambas manos el barrote aserrado por abajo, lo retorció y lo levantó.

Un momento despues saltó hácia adentro del calabozo del Porporato, llevando en la mano la linterna que habia descolgado.

El calabozo estaba vacío.

Sobre la pared blanca, que quedaba frente á la ventana, estaban trazadas estas dos líneas, con misteriosos caracteres:

E<sup>2</sup>I<sup>3</sup> L<sup>2</sup>AA<sup>3</sup> NRL<sup>3</sup>I<sup>3</sup>CACN;

E<sup>2</sup>I<sup>1</sup> L<sup>3</sup>I<sup>2</sup>A<sup>3</sup>LN.

El desconocido quedó como herido por un rayo  
Sus ojos no podían desprenderse de aquellos caracteres.

—Traicionado!.... murmuró al fin, mientras que sus brazos caían desfallecidos. Naufragar frente al puerto!.....

—Señor! señor! dijo la voz del centinela desde la ventana del calabozo; viene gente.... vienen por todos lados!

El desconocido se irguió!

—Estoy aún en pié! dijo. Ay! de los traidores!....

Salió del calabozo. Las murallas y todos los puntos avanzados estaban llenos de ruido. Hubiérase dicho que se operaba un movimiento general en todo el castillo.

Algunas voces gritaban, del otro lado de la media luna:

—“ Han puesto su escalera en la calle de Mantua, frente á frente de la piazzeta grande.....”

—“ Sorprendieron á Martino.... le amarraron.... le pusieron una mordaza y una venda..... y le dieron dos onzas de oro porque no hablara!.....”

—“ Y Martino habló?

—“ Ya le ajustarán las cuentas al pobre diablo!

—“ Y cuántos subieron por la escalera?

—“ Uno solo..... los otros se quedaron con la muger disfrazada.

—“ Entonces, debe estar en las azoteas?

—“ O en la misma fortaleza!

—“ Alerta! alerta!

—“ Quién está de centinela allá?

—“ Bartolo Spalazzi, del regimiento de Trani.....”

Y los pasos se acercaban. El vivac de la torre tomaba las armas.

—Estoy perdido! murmuró Bartolo.

—Grita, quién vive! le mandó el desconocido, que acababa de apagar la linterna, hundiendo así en la oscuridad todos los alrededores del cuartel.

—Quién vive? repitió Bartolo maquinalmente.

—Grita mas alto!

—Quién vive!!

—Prepara tu fusil..... vas á salvarte á tí mismo, al propio tiempo



de salvarme á mí!... Oye! dan vuelta al recodo de la media luna!...

Otra vez: quién vive!

El soldado obedeció.

El desconocido saltó sobre el pretil de la muralla

—Apunta y dispara! le mandó, dejándose caer por el lado opuesto.

Resonó un tiro, y él fué la señal de un tumulto inesplicable.

Mas de cien hombres llegaban á la muralla, por diferentes lados.

—Le pegaste, Bartolo Spalazzi?.....

—Por aquí!... por aquí!... pronto, una escalal!... todas las calles están vigiladas!... ahora si le tenemos cogido!.....

## XI

### EL APOSENTO DE LOS MUERTOS.

Las palabras trazadas en caracteres misteriosos por Felice Tavola, sobre la pared de su calabozo, decían así:

ME HAN OLVIDADO;

ME VENGO.

Terrible amenaza, en boca de uno de los *Cavaliere Ferrai!*

Pero los que quieren traicionar á una asociacion como la de los Compañeros del Silencio, hacen muy mal en decir: *Voy á vengarme!*

Hay mucha distancia entre la amenaza y el golpe.

Nuestro hermoso pescador Beldemonio, habia atravesado de un golpe, y á todo correr, la azotea de la primera casa que estaba adherida á la fortaleza.

Cuando la guarnicion del Castel-Vecchio llegó, de los diversos puntos que ocupaba, á las almenas de la muralla, ya no se percibia á nadie.

Trajeron escalas, y multitud de soldados descendieron á la azotea por donde acababa de pasar Beldemonio.

Al propio tiempo, se dió la órden de doblar todas las guardias, y vigilar estrechamente todas las calles circunvecinas.

Habia realmente muy pocas probabilidades de que el fugitivo pudiera escaparse. Hubiera podido formarse un batallon, con todos los soldados que bajaron de las murallas á la azotea, y se pusieron á registrar por todos lados.

Los jefes habian dicho:

—Donde quiera que halleis un vidrio roto, ó una ventana forzada, entrad haciendo fuego!.....

Era un pobre aposento, situado entre las boardillas de ese antiguo edificio que llamaban la casa de los Folquieri.

Algunas sillas de paja, una mesa redonda de pino blanco, y una camita rodeada de cortinas de percal, componian todo su mueblaje.

En el ángulo opuesto al que ocupaba la cama, habia, ademas, un delgado colchon tendido sobre el suelo, liso y gastado por la vejez.

Entre la mesa y el lecho se veia un brasero, cuyo carbon se consumia lentamente bajo una capa de ceniza blanquecina.

Encima del colchon, estaba pegada contra la pared una imágen de la Virgen. Sobre la silla próxima descansaba un grueso volumen de oraciones, cuyas páginas revelaban un uso frecuente y largo.

Del respaldo de la misma silla pendia un escapulario. Cerca del colchon, en un clavo fijado en la pared, estaba colgada una sotanilla, afectando los pliegues rectos y largos de esta clase de vestidos.

En la cabecera del lecho se encontraba una fuentecita de agua bendita, cerca de un Crucifijo de cobre bruñido, cuya cruz era de ébano.

Sobre la mesa, al pié de la lámpara, que estaba espirante, un papel abierto contenia algunas palabras.

Era todo cuanto allí habia.

Hubiera podido, ademas, notarse, que las vidrieras de la única ventana de este pequeño aposento, privadas de aldabas y pestillos, estaban